
Marco Antonio Montes de Oca

HISTORIA DE UN ALMA DESPEÑADA

A veces siento pena por mi alma.
Y quisiera no mandarla a paseo,
soportarla cuando me visita,
aunque se rompiera el cuádruple fémur de mi cama.

La veo con el tizne de la ojera corrido hasta la mejilla,
dormida en su féretro flotante,
en su realidad llena de maneras,
cántaro hundido con agua afuera y agua adentro,
miga de este mundo
que nunca tiene paciencia, ninguna paciencia
para perseverar dentro del horno
hasta que le nazca una corteza.

Hoy la defino como nebulosa destrabada de la iluminación recurrente.
Se me aparece como un sorbo de cielo que bebo con irreprimible escalofrío,
porque en el tiempo perdido restablece la unanimidad de otro evangelio,
porque esboza estatuas rotundas
y devora su propia carne de maíz y por eso no es carnívora
y bebe sangre de jade y por eso no es vampiro
sino apenas un cedazo que cierne a la brisa,
crucificándola entre la transfiguración y la invisibilidad perfecta.

Mi alma es un soplo que borra horizontes
para quedarse a solas con la nada,
con la conjunción de la noche y el tiempo,
uno y otro convertidos en otro uno,
identidad esfumada en algo que ya es más esencia que la esencia,
y que arde y arde acuevada en un suspiro
y crece y crece como las púas del sol
en la lisura del canto rodado.

Y mientras la hora se nutre de todo lo que pasa,
ella me sorbe a mí a través de una caña muy delgada,

a través de un relámpago capilar o un hueco rayo de luna,
succionándome la saliva y la fosforescencia,
matando mis ácidos verbales,
obligándome a la crispada usura de existir para los otros,
para los reyes que se ahorcan con el séquito negro de sus obsesiones,
para las leyendas que corroen la belleza de los fantasmas
que nadie sabe apacentar o congregar.

Sé tan poco de mi alma como ella de mí.
Interpares en la crianza,
algo nos arroja en pechos distintos
algo divide el agua musgosa y el flujo de peces sabios y dorados,
algo separa, con el tajo de brisa que sucede al hachazo,
al ser que ofrece violetas a un dios remiso
y al legítimo rival que se presenta como una perra obsequiosa,
meneando el rabo en la abrasada terraza del comienzo,
cada vez con más fuerza, según se acercan los postres y las postrimerías del festín,
cuando los amos borrachos mezclan sus alientos,
para cubrir con un vaho indeleble
magníficos espejos arañados para siempre.

Mi alma hace por mí todo lo que yo no hago por ella.
Acaso, sí, darle cuanto hilo necesita para visitar prostíbulos boreales
y abandonarla después, cuando regresa golpeada por los muñones de la pérdida
y los volubles tentáculos de la ganancia.

Ambos somos malos y terribles pero la diferencia es ésta:
yo enfloro el palo encebado en que ella fracasa,
le enjugo los ojos con un trapo encebollado
y me quedo como si nada
cuando el alma se cae a los talones
y los talones no saben qué hacer
con toda esa alma despeñada